
**SOBRE LAS PREOCUPACIONES Y METAS DEL MOVIMIENTO ECOLOGISTA.
COMENTARIOS Y APORTACIONES A LOS DICCIONARIOS DEL DESARROLLO (1992) Y DEL POSDESARROLLO (2019)**

José Manuel Naredo

Correo electrónico: jmn@telefonica.net

Lugar de trabajo: Investigador libre e independiente

Recibido: 10 de marzo de 2020; Aceptado: 31 de marzo de 2020

Sobre las preocupaciones y metas del movimiento ecologista. Comentarios y aportaciones a los diccionarios del desarrollo (1992) y del posdesarrollo (2019) (Resumen). El artículo revisa la evolución de las preocupaciones y metas del movimiento ecologista. Para ello se compara el contenido del *Diccionario del Posdesarrollo* (2019) con el *Diccionario del Desarrollo* (1992) y con otros textos anteriores que pretendían “demoler” el tejido de conceptos clave sobre el que se apoyaba el discurso del “desarrollo económico”. Se constata que el aparato conceptual de la ideología dominante ha sobrevivido a la inflación de modas y corrientes pretendidamente rompedoras que amenazaban con “demolerla”. Se analiza por qué esta ideología ha permanecido inmune a los episódicos ataques y se proponen enfoques alternativos más eficaces. Por último, se estudian los horizontes que abre la actual crisis de civilización y los posibles cambios de paradigma: habiéndose globalizado la ideología económica dominante, con su noción de sistema económico y sus ideas de producción y crecimiento, se proponen respuestas globales para trascenderla.

Agradezco a Federico Aguilera, Óscar Carpintero, Octavio Cólís, Manuel Delgado, Manuel González de Molina, Iván Murray, Liliana Pineda, Fernando Quesada, Alfonso Sanz, Félix Talego, Catalina Torres y Koldo Unceta sus sugerencias y correcciones al texto que han permitido mejorarlo sensiblemente

Dedico este texto en memoria de mi buen amigo y militante ecologista Chato Galante (1948-2020).

Palabras clave: ideología económica, metáfora de la producción, decrecimiento, ceremoniales climáticos, cambio de paradigma

On the concerns and goals of ecologist movement. Comments and contributions to the development (1992) and post-development (2019) Dictionaries (Abstract). The article reviews the evolution of the concerns and goals of the environmental movement. In doing so, the content of the Post-development Dictionary (2019) is compared with the Development Dictionary (1992) and with other previous texts that aimed to “demolish” key concepts on which the “economic development” discourse was grounded. It is verified that the conceptual apparatus of the dominant ideology has survived the inflation of groundbreaking fads and currents that supposedly had to “demolish” it. The paper discusses the reasons why this ideology has remained immune to episodic attacks, whereas more effective alternative approaches are proposed. Finally, the horizons opened by the current crisis of civilization and possible paradigm shifts are studied. Since the dominant economic ideology has been globalized, with its notion of an economic system and its ideas of production and growth, the paper proposes global responses to transcend it.

Keywords: economic ideology, production metaphor, degrowth, climatic rituals, paradigm shift.

Ideología, lenguaje y diccionarios críticos

“De vez en cuando, el uso de un término se difunde por la literatura científica con una rapidez asombrosa, pero sin un certificado de nacimiento válido, es decir, sin haber sido definido de una manera precisa”. Con estos párrafos iniciaba Nicholas Georgescu-Roegen el capítulo destinado a la representación analítica de la función de producción, de su libro *La ley de la entropía y el proceso económico*¹. Constató así hace medio siglo un fenómeno que ha ido *in crescendo*, sobre todo en el campo más permisivo de las ciencias sociales, animado por la inflación de modas y corrientes pretendidamente rompedoras que nos adoctrinan con nuevas vacuidades verbo-reicas espoloadas por Bolonia², mientras que el aparato conceptual de la ideología dominante sigue imperando más allá de modas y novedades.

Así lo reconocía algo después la frase con la que Jean-Marie Domenach abrió el primer capítulo del libro titulado *El mito del desarrollo*³: “Nuestra época explota ideas y sentimientos apenas formados, de modo que es difícil establecer una discusión sobre bases sólidas. Las ideologías nacientes no tienen, por así decirlo, tiempo de cristalizar. Eso les resta nocividad, permitiendo que la ideología dominante siga reinando sin preocuparse de los episódicos ataques”. Y añade, “en cuanto a nosotros, que pretendemos llevar a término un debate intelectual, hemos de guardarnos de caer en el frenesí del consumo, evitando todo aquello que nos convertiría en productores de esos eslóganes y migajas de ideología que los medios de comunicación de masas arrojan en seguida, como galletas, a un público ávido de novedades”. De ello se guardó también el grueso de los autores que participaron en el histórico *Diccionario del Desarrollo* (1992), editado por Wolfgang Sachs⁴, aportando textos antológicos que no cabe reseñar aquí sobre voces tales como las de *Desarrollo*, por Gustavo Esteva, *Producción*, por Jean Robert, *Necesidades*, por Ivan Illich ...o *Nivel de vida*, por Serge Latouche. Pues tras advertir en la introducción que el *discurso del desarrollo* “aún impregna, no solo las declaraciones oficiales, sino el lenguaje de los movimientos de base”, y que ese discurso “está hecho de un tejido de conceptos clave...como pobreza, producción, la noción de Estado o de igualdad”, el *Diccionario* se propone “demoler” esa estructura conceptual.

Pasado ya un cuarto de siglo desde la publicación de ese diccionario, y más aún desde los textos críticos antes reseñados, surge ahora el nuevo “Diccionario del pos-desarrollo”⁵ que se presenta, con un prólogo de Wolfgang Sachs, como heredero del anterior. Cabría suponer que este nuevo diccionario crítico de la noción de desarrollo económico⁶ profundizaría en la labor de demolición de los conceptos, la lógica,

1 Georgescu-Roegen, 1971.

2 Fraile Peláez, 2015.

3 Attali, J. et al. 1977.

4 Sachs, 1992.

5 Kothari et al., 2019.

6 Al referirse el concepto de desarrollo básicamente al ámbito de lo económico, contribuye a consolidarlo, tal y como lo entiende la ideología dominante, y a situarlo por encima de lo social.

los instrumentos de análisis y las instituciones que le dan vida, emprendida en las obras críticas anteriores, pero lamentablemente no ha sido así, como veremos más adelante, en parte porque no parece que fuera ésta su principal meta. Pues esta obra tiene, sobre todo, el propósito, y el mérito, de haber conseguido albergar y visibilizar un muy amplio conglomerado de movimientos sociales más o menos críticos del sistema socio-político-económico que impera en el mundo⁷. Este conglomerado alcanza todos los continentes dando la voz a personas y sensibilidades que, con mejor o peor fortuna, tratan de escapar al antropocentrismo occidental, que ha venido condicionando hasta ahora el mundo académico y construyendo la ideología dominante. Es evidente que contiene voces de interés, como también algunas bastante flojas o irrelevantes, pero no es el propósito de estos comentarios evaluarlo y hacer un balance detallado de su contenido. Algo parecido ocurre con el “vocabulario para una nueva era” que incluye el diccionario del “Decrecimiento”⁸ -publicado cuatro años antes y bastante ligado al del “Posdesarrollo” en autores y voces que a veces se solapan- al que también haremos referencia.

La cuestión es que, mientras tanto, el “mito del desarrollo” sigue en pie y el aparato conceptual y verbal que lo soporta continúa gozando de buena salud, hasta el punto de que sigue siendo utilizado acríticamente incluso por los propios críticos del desarrollo que colaboran en estos nuevos diccionarios. Lo cual me hace dudar de hasta qué punto avanzamos o retrocedemos en ese proceso de demolición de la ideología económica dominante con todas sus piezas, ideología que soporta aspectos socio-institucionales y psicológico-individuales básicos de la actual civilización, que alcanza dimensiones planetarias, uniendo sus suertes en el futuro.

La historia nos muestra que las crisis de civilizaciones y de formas de ver el mundo evolucionan con lentitud y que las nuevas formas tardan varias generaciones en emerger, si es que emergen. Por ejemplo, hablando de diccionarios, hubo que esperar más de medio siglo para que se consolidaran y triunfaran las ideas de la modernidad desde que apareció en 1697 el *Diccionario histórico crítico* de Bayle⁹, hasta que se empezaron a publicar entre 1751 y 1772 los volúmenes de la *Gran enciclopedia* francesa, con la que remató su hegemonía el pensamiento ilustrado. Ahora han pasado cincuenta años desde que Georgescu-Roegen demoliera las funciones de producción y de consumo, sobre las que se construyeron las metas del crecimiento y/o el desarrollo económico, pero el grueso de los economistas sigue oficiando con ellas en sus rituales como si nada hubiera pasado, e incluso muchos críticos usan estos conceptos como si fueran universales y no una invención de la mente humana relativamente reciente. Lo cual lleva a preguntarnos qué mecanismos mueven la selección social de las ideas, que hacen que mientras los vientos relativistas de la “postmodernidad” amenazaban con desmantelar las creencias asociadas

7 El propio título Pluriverso, del Diccionario del posdesarrollo antes citado así lo subraya, al igual que la introducción por continentes y las voces de movimientos sociales y de autores que abarcan toda la geografía planetaria.

8 D’Allisa et al., 2015.

9 Bayle, 1697.

al realismo ingenuo de la ilustración, resulta que las metáforas e ideas fuerza sobre las que reposa la noción usual de sistema económico siguen en pie. Creo que a ello contribuye hoy, bastante más que incomunicación o la censura, la actual contaminación informativa: el marasmo de mensajes y publicaciones que suele aflorar con etiquetas novedosas al compás de modas y temas “noticiables” lo invade y enmaraña todo, dificultando la detección de aquellos textos y enfoques que contribuyen de verdad a “demoler” ese núcleo duro de conceptos e ideas clave sobre las que reposa la ideología dominante. Y además, los poderes académicos y mediáticos imperantes acostumbran a ignorar los textos e ideas más profundamente críticos, a la vez que divulgan con fuerza aquellos otros más acomodaticios y atizan la modorra intelectual que la sociedad incuba.

¿Desarrollo de qué?

Paso por alto lo que sin duda tiene de interés el *Diccionario del posdesarrollo*, para subrayar que adolece de carencias importantes que deberían de completarse para reforzar su crítica a la noción usual de desarrollo económico propia de la ideología económica dominante. El principal problema es que en el diccionario se critica la noción de desarrollo sin criticar la noción de producción a la cual se refiere dicho desarrollo, e incluso muchos de sus colaboradores utilizan de forma acrítica la palabra producción, y hasta hablan de modos de producción, en las voces del diccionario, con lo que el empeño crítico queda bastante flojo. Pues la palabra desarrollo (económico) es la que vino a sustituir, añadiendo un halo de ambigüedad y de valoración implícita positiva, a aquella otra más concreta de crecimiento (económico), referida estrictamente al crecimiento del agregado monetario entendido y denominado como de producción y medido por el consabido PIB (ya que es el único respaldo empírico domesticado que otorga un significado concreto a la palabra crecimiento económico y a su derivado desarrollo económico y permite clasificar los países atendiendo a su nivel de renta o PIB *per capita*). Por lo tanto, desmontar la metáfora de la producción —como hizo la voz “Producción”, de Jean Robert en el *Diccionario del desarrollo*¹⁰ o como he venido haciendo en textos a los que me refiero más abajo— es el paso previo que permitiría reforzar las críticas del diccionario a las nociones de crecimiento y/o de desarrollo de dicha producción.

Desde la primera edición de mi libro *La economía en evolución*¹¹ he venido señalando cómo la metáfora absoluta de la producción es la pieza clave sobre la que se levanta la ideología económica dominante, con la idea usual de sistema económico y el objetivo del crecimiento (de dicha producción) a la cabeza. Entendiendo que, según la metaforología, una metáfora absoluta es aquella que permite transferir ideología y juicios de valor sobre temas socialmente relevantes sin contar con apoyo racional ni empírico alguno. Su función expresiva no puede, así, racionalizarse, ni el

10 Robert, 1992, p. 277-298.

11 Naredo, 2015a.

concepto sustituirse, ocupando un lugar esencial en la historia del pensamiento, en este caso, económico. En el libro antes mencionado creo haber demostrado solwentemente cómo la economía nació como disciplina pretendidamente científica, independiente de la moral y del poder, allá por el siglo XVIII, asumiendo por primera vez la tarea de acrecentar de forma desacralizada “la producción de riquezas renacientes sin menoscabo de los bienes fondo”. Y esto ocurrió cuando predominaba una visión organicista del mundo en la que, no sólo las cosechas, la pesca o los bosques, sino también los minerales, se suponían sujetos a procesos crecimiento y perfeccionamiento en el seno de la Madre-Tierra y se pensaba que hasta los continentes y la Tierra misma dilataban sus límites, aportando visos de racionalidad a las ideas de forzar y orientar con la intervención humana el crecimiento de esas producciones hacia fines utilitarios. El famoso *Tableau économique* (1758) de Quesnay —el más destacado de los autores franceses de la época hoy calificados de “fisiócratas” — incluía, así, los minerales entre las “riquezas renacientes” asociadas a la Madre-Tierra y clasificaba la minería entre las actividades “productivas”, junto a la agricultura. Pero este autor insistía para dejar bien claro que, según su criterio, producir no era sin más el resultado de revender con beneficio sino de “acrecentar las riquezas renacientes” —que se suponían asociadas a la Madre-Tierra— ya que el lucro podía obtenerse de formas bien variopintas. Pero, como es sabido, tras desplomarse por completo ya en los inicios del siglo XIX la cosmología arcaica que había impregnado de racionalidad a las nociones de producción y crecimiento, éstas siguieron gozando de buena salud, al cortar el cordón umbilical que unía originariamente la noción de sistema económico al mundo físico y trasladarlo al universo autosuficiente de los valores monetarios, en el que ha seguido imperando la metáfora absoluta de la producción y el objetivo del crecimiento de la misma, como piezas claves de la ideología económica dominante. Así, en contra de lo que postulaba Quesnay, producir acabó siendo simplemente revender con beneficio, pues el PIB es el mero resultado de restar al valor monetario en venta de determinados “productos” o “servicios”, el valor de lo gastado en su obtención. Lo cual permite, por ejemplo, hablar de producción de oro, de petróleo... o de tierras raras, cuando hoy se sabe que se trata de meras extracciones de ciertos stocks singulares que alberga la corteza terrestre, ya que hoy se tiene conciencia de que ni los minerales crecen y se perfeccionan en el seno de la tierra, ni la Tierra dilata sus límites. Creo que algo de esto habría que decir en el diccionario y recoger referencias que permitan apreciar cómo estas categorías y la noción de sistema económico con ellas configurada, siguen siendo asumidas como si fueran universales, cuando de hecho son una creación de la mente humana que nació en el siglo XVIII como fruto de un maridaje entre la filosofía mecanicista y las creencias alquímicas, y ejercen una clara función apologética del comportamiento de la civilización industrial, como ilustro ampliamente en el libro antes mencionado. Creo que estas consideraciones reforzarían, no sólo las voces relacionadas con el extractivismo propio de la civilización industrial, que arrastra a la Tierra hacia ma-

yores niveles de entropía, sino también con el feminismo, por las razones que paso a exponer a continuación.

La noción de producción no es universal, ni tampoco neutra

Desde la Antropología se advierte que la noción de producción no es universal¹². Pues, en efecto, la noción de producción no define la forma en la que las sociedades cazadoras-recolectoras conciben sus actividades y procesos relacionados con la subsistencia... y tampoco lo hace en las grandes civilizaciones no occidentales. Estas sociedades asocian normalmente su intendencia a procesos continuos de interacción entre instancias que conviven o se equilibran sin que haya una fundamental, originaria o creadora (por ejemplo, entre el yin y el Yan o entre el cielo y la tierra)...y es que, hasta el s. XVIII, ni siquiera en Occidente se pensaba que la especie humana fuera capaz de producir nada, sino de colaborar con la naturaleza para aumentar y perfeccionar sus frutos (primero mediante el rito, después mediante la experimentación racional).

A medida que se fue gestando la moderna idea de sistema económico, con la noción de producción y el afán de acrecentarla mediante el trabajo, fue cambiando también la noción de riqueza y del modo de obtenerla. Así, autores que van desde Aristóteles...a Copérnico han venido afirmando que “la tierra concibe por el sol y de él queda preñada, dando a luz todos los años”. Sin embargo, William Petty¹³, autor algo anterior a los fisiócratas, estableció ya la llamada “ecuación natural” de la riqueza, en la que afirmaba que “el trabajo es el padre y la tierra la madre de la riqueza”. Con lo cual un nuevo ingrediente activo y masculino, el Padre-Trabajo, vino a sustituir a las potencias celestes a la hora de fecundar a la Madre-Tierra, erigiéndose en una categoría fundamental del enfoque económico ordinario. Un paso más lo dieron los llamados economistas clásicos, con Adam Smith a la cabeza, atribuyendo ya al Padre-Trabajo el monopolio de la creación (de valor). En efecto, la primera frase de su famoso libro fundacional, *La riqueza de las naciones* (1776)¹⁴, afirma que “el trabajo anual de cada nación es el fondo que la surte de todas aquellas cosas necesarias y útiles para la vida”.

Frase cuya aceptación acrítica denota que ya se ha operado un fuerte lavado de cerebro, puesto que, entre otras cosas, la temperatura ambiente, el aire que respiramos...o el agua que bebemos, asociados a esos dos fenómenos consustanciales con la vida y la alimentación, que son la fotosíntesis y el intercambio iónico, poco tienen que ver con el trabajo. Y, por último, Walras y los economistas llamados neoclásicos de finales del siglo XIX y principios del XX culminarán el desplazamiento del razonamiento económico hacia su actual reduccionismo monetario. Pues al postular que la Tierra y el Trabajo podían sustituirse sin problemas por el Capital, éste pasó

12 El lector interesado puede encontrar amplias referencias en Naredo (2015a) y en Naredo (2019).

13 Petty, 1623-1687.

14 Smith,1776.

de ser un modesto ayudante a erigirse en el factor limitativo último de la producción de riqueza. Y al valorar el Capital, el Trabajo y la Tierra misma en unidades monetarias, el razonamiento económico se independizó del mundo físico, para seguir monopolizando la creación de riqueza ya en el universo aislado de los valores monetarios. Se produjo así la “ruptura epistemológica neoclásica”, que afianzó la economía como disciplina independiente aislándola, al cortar el cordón umbilical que unía su razonamiento al mundo físico para circunscribirlo al universo aislado de los valores de cambio, cayendo en su habitual reduccionismo monetario.

Pero este desplazamiento del razonamiento económico desde lo físico hacia lo monetario no invalidó la noción de producción, sino que reforzó su función justificadora de todo el lucro que se obtiene de revender con beneficio que aparece agregado en el PIB, haciendo abstracción de la incidencia física y social de las actividades que lo generan. Con lo cual, el reduccionismo del PIB hace las veces de apologética del *statu quo*, al soslayar el doble y creciente desacoplamiento que se observa¹⁵ 1º) entre el lucro asociado al PIB y el que se genera al margen del mismo (por creación de dinero papel, de dinero bancario y, sobre todo, de dinero financiero o por plusvalías bursátiles, inmobiliarias u otras fuentes de lucro no recogidas en el PIB) y 2º) entre el PIB y la utilidad social de las actividades que recoge y/o la calidad de vida, cada vez más amenazada por el deterioro ecológico y la polarización y la crispación social. Además, el avance de la mercantilización, por el mero hecho de someter a compra-venta bienes o servicios antes ajenos al intercambio mercantil, permite aumentar el PIB sin contrapartida utilitaria alguna¹⁶.

Esta estrecha relación entre el avance de la mercantilización y el crecimiento económico invita a incluir la noción de mercado en la red conceptual a demoler¹⁷, pero dejaremos conscientemente de lado esta cuestión para seguirnos centrando en el lugar clave que ocupan, más allá del mercado, la noción de producción y la meta del crecimiento económico, que se ha venido persiguiendo tanto con mercado, como con planificación, tanto con regímenes llamados “capitalistas”, como “socialistas”.

La construcción de la ideología económica dominante, a la que nos hemos referido sumariamente, no es ajena a las transformaciones ideológicas asociadas al enorme cambio de escala en la organización social que supuso la aparición del Estado en la historia de la humanidad¹⁸. Lewis Mumford analiza estos cambios en su libro *El mito de la máquina*¹⁹ y los sintetiza en la siguiente frase reproducida por Erich Fromm en su libro *Anatomía de la destructividad humana*:

“Del complejo neolítico nace un nuevo tipo de organización social, ya no dispersa en pequeños grupos, sino unificada en una gran entidad, ya no basada en la intimidad vecinal, las

15 Analizado, sobre todo, en Naredo, 2019, p.185-197.

16 Como ha subrayado Unceta, 2015.

17 El lector interesado puede encontrar el tratamiento de la noción de mercado como “la otra pieza clave, junto a la de producción, sobre la que se levanta la ideología económica dominante” en Naredo, 2019, pp.89 y ss.

18 Tal y como se subraya en Naredo, 2019, p.205-208.

19 Mumford, 1969.

costumbres y el consentimiento mutuo, sino autoritaria, dirigida por una minoría imperiosa, ya no confinada a un territorio pequeño, sino que desborda sus límites para ejercer el mando e imponer tributos, para apoderarse de materias primas y esclavizar personas inermes... Esta nueva cultura, más que desarrollar la vida, trata de expandir un poder colectivo ejerciendo la coerción..."²⁰.

¿Qué cambios mentales e institucionales acompañaron a tan espectaculares mutaciones sociopolíticas? Entre ellos se encuentra el desplazamiento y eliminación del antiguo protagonismo social de la mujer y la madre, que Fromm analiza y resume en la obra citada en la siguiente frase: "la fertilidad de la tierra y la mujer ya no eran la fuente de toda vida y creatividad, sino el intelecto, que producía nuevas invenciones y técnicas, pensamientos abstractos y estados con leyes... ya no fueron las mujeres, sino los hombres quienes dominaron la sociedad"²¹.

Como recuerda Fromm, este cambio lo evoca el himno babilónico de la creación, que canta la victoriosa rebelión de los dioses viriles contra Tiamat (la Gran Madre que antes gobernaba el universo) capitaneados por Marduk que ejercerá de Dios Supremo. Pero, antes de acatar su supremacía, los otros dioses le exigen pasar una prueba: debe demostrar que es capaz de crear mediante el uso de la palabra y el pensamiento, usurpando el monopolio de la creación que antes se atribuía a Tiamat, que encarnaba la Madre-Tierra y la feminidad. A lo que se iría añadiendo la progresiva ignorancia o minusvaloración de la importancia de lo relacional, de los vínculos sociales y emocionales, a la vez que se fue idealizando y exaltando la Razón y la "fantasía de la individualidad", por emplear el título del libro en el que Almudena Hernando analiza el proceso de creación de la moderna idea de individuo²².

Supongo que las personas que hayan leído lo anterior se habrán dado cuenta del papel tan estelar que desempeña la metáfora absoluta de la producción para culminar en el pensamiento moderno todo ese desplazamiento —al derivar supuestamente la capacidad creadora hacia las nuevas categorías del trabajo y el capital, hacia el *homo faber* y el *homo economicus*— y para acabar identificando esa creación con la creación de valor monetario que ofrece capacidad de compra sobre el mundo. Lo que permite encubrir el comportamiento depredador de la especie humana para con el Planeta y con sus propios congéneres. Comportamiento apoyado por el poder y la jerarquía y amparado por relaciones patriarcales, laborales y clientelares dependientes que se extienden por todo el cuerpo social, pese a las declaraciones formales de igualdad y libertad. Además de cosificar a las personas consideradas como capital humano a gestionar por otros o por sí mismas, sometiéndolas a las pulsiones mecánicas del *homo economicus* y desatando el actual proceso de "privatización de la vida pública y economización de lo más privado"²³.

En resumidas cuentas, cabe subrayar que, por una parte, los cambios ideológicos asociados a la aparición del Estado en la historia de la humanidad desplazaron el

20 Fromm, 1975, 97.

21 From, 1975, p. 117-118.

22 Hernando, 2012.

23 Schirrmacher, 2014, p 254.

respeto social y la supuesta capacidad creadora, desde lo femenino hacia lo masculino. Y, por otra, que la consolidación de la economía como disciplina independiente, con sus ideas de producción, trabajo... y crecimiento económico, ha contribuido a culminar ese desplazamiento en el mundo moderno. De ahí que, contra esta evolución, ganen fuerza hoy movimientos horizontales que trascienden las habituales reivindicaciones partidistas y de clase: por una parte, movimientos ecologistas y feministas, cada vez más asociados como “eco-feministas”, y, por otra parte, los llamados movimientos “indigenistas” que rememoran y tratan de actualizar culturas y formas de vida anteriores a la emergencia del Estado y del pensamiento moderno, con sus derivaciones económicas. Movimientos que aparecen profusamente representados en el *Diccionario del posdesarrollo*.

Definición de un país “desarrollado” trascendiendo la metáfora de la producción

Al trascender la dogmática económica imperante, se abren otros mundos que permanecían eclipsados por la metáfora de la producción y la idea usual de sistema económico. Un ejemplo importante, para los diccionarios del desarrollo y del posdesarrollo, puede ser la definición de lo que es un país rico o desarrollado desde perspectivas más amplias y reveladoras de lo que lo hacen los enfoques económicos ordinarios. De entrada, la creencia dominante de que un país rico o desarrollado es un país muy laborioso y productivo, que es capaz de ahorrar mucho y de prestar e invertir dinero en el resto del mundo, se revienta desde dentro si nos damos cuenta de que el país más rico o desarrollado del mundo que es EEUU, es el más endeudado de la Tierra: su pasivo neto frente al resto del mundo ha superado los 7 billones de dólares (7¹² \$) según datos del FMI. Creo que este pequeño detalle debería subrayarse en el *Diccionario del posdesarrollo* cuando se habla de la deuda. De esta manera, en mis libros *Raíces económicas del deterioro ecológico y social. Más allá de los dogmas*²⁴ y *Taxonomía del lucro*²⁵ he podido definir un país rico o desarrollado trascendiendo la metáfora de la producción, como abajo se indica.

Lo cual evidencia la naturaleza relacional de eso que se llama desarrollo económico, al definir un país desarrollado como aquel que ha conseguido aumentar su capacidad de compra sobre el mundo por los caminos indicados, alcanzando así una situación privilegiada. Ya que si un país cuenta con una relación de intercambio favorable es porque hay otros que la tienen desfavorable. Que si un país ejerce como atractor de capitales es porque otros no lo son y se les escapan sus capitales. Que si un país es deficitario en recursos y excedentario en residuos es porque puede utilizar el resto del mundo como base de recursos y sumidero de residuos. Y que si un país atrae población es porque otros países la pierden. Desde esta perspectiva el

24 Naredo, 2015b.

25 Naredo, 2019.

desarrollo se revela una cuestión más de posición que de producción, lo cual nos induce a pensar en modelos Depredador-Presa o Parásito-Huésped, que he venido aplicando desde hace tiempo para analizar cómo se produce la dominación entre los territorios, aplicaciones que van desde la escala regional, en el libro *Extremadura saqueada*²⁶, hasta la escala planetaria, en el libro *La incidencia de la especie humana sobre la faz de la Tierra (1955-2005)*²⁷.

Cabe caracterizar a un país rico o desarrollado como aquél que consigue aumentar su capacidad de compra sobre el mundo utilizando algunos de los siguientes mecanismos:

Panorama comercial: se beneficia de una relación de intercambio favorable frente al resto del mundo (se observa que la tonelada exportada vale más que la tonelada importada).

Panorama financiero: atrae capitales del resto del mundo (emitiendo *pasivos no exigibles*²⁸ y *titulizando*²⁹ o magnificando la solvencia de sus *pasivos exigibles*)

Lo que le permite erigirse en atractor neto de recursos y de población:

Panorama físico: es deficitario en recursos y excedentario en residuos respecto al resto del mundo (es importador neto de recursos y exportador neto de residuos)

Panorama demográfico: atrae población del resto del mundo

Definición de un país desarrollado (trascendiendo la metáfora de la producción y el reduccionismo monetario del PIB)

Fuente: Elaboración propia.

Dicho de otra manera, esta visión posicional del desarrollo económico puede interpretarse como la habilidad de ciertos países para trepar hacia los tramos más valorados de la por mi denominada Curva del Notario (que son los que se llevan la parte del león del valor monetario con escaso coste físico, unido a su capacidad para ejercer como atractores de capitales) lo que va unido al proceso de “externalización” de los daños ecológicos y sociales de los países ricos, del que habla el *Diccionario del posdesarrollo*. Creo que los análisis de estos daños ganarían presentándolos como confirmación de esa tendencia de valoración y evolución de los países que refleja la Regla del Notario (que permite visibilizar la dimensión posicional de eso que se llama desarrollo). Regla que vengo proponiendo desde el libro que promoví con Antonio

26 Gaviria et al., 1978. (Se puede acceder a este libro desde la sección de Bibliografía la web El rincón de Naredo: <http://elrincondenaredo.org/>).

27 Naredo y Gutiérrez, 2005. Este libro y todos los de la Colección Economía y Naturaleza están disponibles en la web de la Fundación César Manrique: <http://fcmanrique.org/la-fundacion/publicaciones/?me=1&col=coediciones&lang=es> (disponible 25/03/2020).

28 Pasivos no exigibles son aquellos por los que los propietarios no pueden exigir nada a quienes los han emitido, como son, por ejemplo, el dólar (tras haber eliminado desde 1971 su convertibilidad en oro), el euro y el grueso de las monedas actuales. Pues las monedas son un pasivo o deuda de los bancos centrales que las emiten, a los que nadie puede exigir nada. Lo mismo que ocurre con las acciones y participaciones que emiten las empresas y que constituyen el por mi denominado dinero financiero (que suple las funciones del dinero ordinario, al permitir a las empresas retribuir a los directivos o a los accionistas con stock-options o pagar la compra de empresas, por simple canje de acciones).

29 La llamada titulización de pasivos exigibles consiste en agrupar dichos pasivos (por ejemplo, hipotecas) en títulos que se venden en los mercados financieros, permitiendo transferir así el riesgo de impago de los emisores a los compradores.

Valero *Desarrollo económico y deterioro ecológico*, hasta los más recientes ya citados³⁰, en los que presento la posibilidad de medir con indicadores cuantitativos el lugar que ocupan los países en la dimensión posicional del desarrollo³¹ arriba expuesta. Visión que muestra la imposibilidad absoluta de lograr por el camino indicado esa “promesa histórica formidable” que, como nos recuerda Wolfgang Sachs³², contenía el “discurso del desarrollo”: el hecho de “que finalmente todas las sociedades serían capaces de cerrar la brecha con los ricos y disfrutar de las bondades de la civilización industrial”, cuando como hemos visto si unas están arriba es porque succionan los capitales y los recursos de otras que están abajo. Imposibilidad que ha acabado aflorando, ya que, como constata Wolfgang Sachs, el mito de la equiparación se ha ido evaporando: “todo eso ha quedado atrás, ahora se trata de sobrevivir, no de progresar...”.

Efectivamente, la fe en el progreso y en los parabienes del desarrollo se tambalea, pero quizás el *Diccionario del posdesarrollo* ha enterrado demasiado pronto el término. Pues en este diccionario se subraya el *Pluriverso* de movimientos sociales que proponen y/o practican formas de vida diferentes, pero apenas se avanza en la demolición de ese “tejido de conceptos clave” que arma la ideología, las instituciones y las normas dominantes, que sería el primer paso para sustituirlas rompiendo con la ya cansina retórica estéril desplegada en torno al tema. Pues, por mucho que se pierda la fe en las promesas del desarrollo, si esa demolición no avanza, resultará difícil que prosperen formas de vida radicalmente distintas en un sistema que sigue manteniendo sus conceptos clave, sus instituciones e imponiendo sus normas por toda la geografía planetaria.

El modelo depredador-presa funciona en el seno mismo de los países ricos

Por otra parte, hemos de recordar que la relación depredador-presa antes indicada ha facilitado el crecimiento de la capacidad de compra sobre el mundo de los países cuna de la revolución industrial y permitido establecer en ellos “sociedades de bienestar” y “de consumo” que han venido desactivando la conflictividad social y alimentando el conformismo. Sin embargo, esos patrones de vida y de consumo, y las infraestructuras que los mantienen, son altamente demandantes de energía y materiales (y generadoras de residuos) lo que pone en cuestión su viabilidad futura para el grueso de la ciudadanía de los propios países ricos, países que están siendo teatro de una creciente polarización social, plasmada en el empobrecimiento de las antiguas “clases medias”. Las dificultades para mantener en amplias capas sociales esos

30 Naredo y Valero, 1999.

31 Dimensión posicional que se inició desde el siglo XVI con la conquista, la esclavitud y el pillaje de los territorios y pueblos “del Sur” y que prosigue apoyándose en las actuales reglas del juego económico-financiero, que la Regla de Notario contribuye a aclarar.

32 Sachs, 1992, p. 23.

patrones de vida y de consumo han desatado en la población actitudes xenófobas, antiinmigración y racistas, que explican el auge de la extrema derecha que se observa recientemente en el grueso de estos países, lo que plantea nuevos interrogantes. Un ejemplo revelador de esta deriva es el de EEUU: desde luego algo está pasando cuando en el país más rico y privilegiado de la Tierra, que es EEUU, hay tantos millones de personas frustradas que, al sentirse castigadas por el sistema, han apoyado con su voto la deriva “nacional-populista” patrocinada por el presidente Trump.

Para reflexionar sobre esta inflexión, remitamos a un estudio que analiza cómo el *panem circensis* de la “sociedad de consumo” ha venido alimentando el conformismo, con el apoyo de consumos de energía y materiales asociados al crecimiento de los agregados económicos, consiguiendo reducir los conflictos económicos, a la vez que aumentaban los conflictos ecológicos o ambientales. Este trabajo concluye que: “Parece claro que, en el futuro, en un contexto de agotamiento de recursos, de cambio climático y de emergencia de nuevas economías industriales, se reducirán las posibilidades de compensar la entropía social con más consumo de energía y materiales, y que los conflictos sociales y ambientales no mantendrán como hasta ahora una relación inversa, y ello desafía los modos de enfrentar el conflicto por parte de la ecología política [...] Difícilmente un movimiento ecologista que se limite a denunciar los impactos ambientales del modelo económico o a soluciones centradas en la eficiencia tecnológica puede tener éxito ante las demandas crecientes de justicia social.”³³.

El problema estriba en que el deterioro planetario y la escasez de recursos no tienen por qué evitar que el modelo consumista se mantenga de forma cada vez más elitista, cuando se acentúa la polarización social y territorial entre países y dentro de los países, alimentada por el trepidante y sesgado crecimiento de la capacidad de compra sobre el mundo que está teniendo lugar, de mano de la Regla del Notario y la desatada financiarización en curso. Creo que el afán de culpar de las desgracias propias a enemigos externos y de mantener privilegios recurriendo al clientelismo político están detrás del inquietante auge xenófobo y nacionalista de la extrema derecha que se está produciendo como respuesta a las dificultades socioecológicas para asegurar que el grueso de la población mantenga el actual modelo consumista, lo que genera nuevos retos para la ecología política, que debería de tener bien presente este peligro, soslayado en los *Diccionarios* que estamos comentando.

Peligro que ya subrayaba hace tiempo el libro sobre *El Mito del Desarrollo* antes citado: “una opinión sobrecogida por el pánico puede favorecer una política que, basándose en la penuria y el estrechamiento de los límites, instituiría una gestión autoritaria de los recursos y un control totalitario del consumo [...] la preocupación justificada de asegurar la salvación de la naturaleza y la supervivencia de la humanidad [...] si no desemboca en una acción política universal, o por lo menos univer-

33 Soto et al., 2019, p. 49.

salizable, corre el riesgo de conducir a las naciones hacia soluciones desesperadas y provocar conflictos despiadados”³⁴.

Además, este libro recuerda la historia del auge de los regímenes dictatoriales ocurrido durante los años de crisis del período de entreguerras del pasado siglo XX y su pelea por los recursos que desembocó en la II Guerra Mundial, que deberían también de ponernos en guardia sobre el horizonte borrascoso hacia el que pueden apuntar las actuales derivas autoritarias. Sobre todo, cuando algunas de estas corrientes autoritarias hicieron suyo el discurso ecologista³⁵, lo que debería de tenerse hoy bien presente para prever las posibles bifurcaciones futuras de este discurso.

Desarrollo sostenible

Cuando la crisis ecológica venía poniendo en peligro la credibilidad del discurso del desarrollo económico, los defensores del statu quo trataron de sostenerla en el terreno de las palabras, proponiendo la meta del desarrollo sostenible. Pese al reducido espacio de que dispone, la voz “Desarrollo sostenible” del *Diccionario del posdesarrollo*, critica bien la deriva dilatoria de los problemas ecológicos que se ha venido produciendo mediante jaculatorias y campañas de imagen verde y ofrece referencias significativas de apoyo. Estas referencias podrían ampliarse apoyándose en las elaboraciones más detalladas del tema que figuran en mi libro antes citado³⁶ o en algunos textos anteriores sobre el tema³⁷.

En ellos se denuncia el truco lingüístico de paliar el conflicto entre conservacionistas y desarrollistas que se agudizó en la década de 1970, a base de enarbolar un objetivo de compromiso que pretendía contentar a todo el mundo: el objetivo del desarrollo sostenible. Al adjetivar de sostenible el desarrollo se tendió un puente virtual entre conservacionistas y desarrollistas, desbancando mediante presiones políticas directas el término menos acomodaticio del *ecodesarrollo* que estaba de moda con anterioridad. En ocasiones he sugerido la conveniencia de percibir la adjetivación de sustantivos ya establecidos, como posible detector de problemas o conflictos no resueltos. Por ejemplo, el objetivo de *desarrollo sostenible* presupone reconocer que el desarrollo ordinario suele ser *insostenible*, lo mismo que el hecho de que en la Escuela de Arquitectura se organice un curso de postgrado de Arquitectura Bioclimática, presupone que la arquitectura que se enseña en el currículum ordinario de esa escuela hace abstracción del clima, la orientación, etc.

34 Attali et al., 1977, p.17-18.

35 Biehl y Standenmaier, 2019 p-185. Este libro subraya que el afán de restar importancia “al extenso registro de interrelación entre ideales ecologistas y realidades fascistas refuerza un modelo específico de ingenuidad histórica entre los activistas ecologistas del presente, quienes, por ello, se sienten justificados para ignorar esta historia, en vez de tener que enfrentarse a ella directamente”.

36 Naredo, 2015b.

37 Naredo, 1996.

Algunas paradojas ¿decrecimiento de qué?

En relación con lo anterior, se produce una paradoja digna de mención. Cuando la realidad de los últimos decenios desmiente la fe en el progreso (que se mantuvo apalancada por las promesas de generalizar la opulencia consumista de la mano del desarrollo económico); cuando a la crisis ecológica de fondo se añaden pandemias y crisis económicas con múltiples “recortes” de ingresos y derechos que hacen que buena parte de los jóvenes, en vez de mejorar, tenga una situación más precaria que la de sus padres; cuando, en suma, el sistema que prometía múltiples parabienes asociados al crecimiento económico nos ofrece de hecho con largueza el decrecimiento del empleo, de los salarios, de las ayudas sociales, de los derechos y de los bienes y servicios públicos;... el movimiento ecologista hace suya la bandera del decrecimiento. Es decir, que cuando el sistema nos impone, de hecho, el decrecimiento, evidenciado su agotamiento y crisis, el movimiento ecologista lo abraza como propuesta.

De entrada, resulta chocante que una parte significativa del movimiento ecologista enarbole la bandera del decrecimiento justo cuando nos lo viene ofreciendo el sistema, porque además de incapacitarlo para ejercer como debiera una influencia antisistema amplia e ilusionante sobre la población, contribuye a escindir, más que a consolidar, al propio movimiento ecologista. El ecologismo, tal y como lo hemos conocido hasta ahora, ha estado muy orientado a los conflictos “nimby”³⁸ y, en un contexto más amplio, hay que tener en cuenta que sus mensajes de miedo y penuria, asociados a los anuncios de crisis ecológica y decrecimiento, en los que curiosamente redundan los *Diccionarios del posdesarrollo* y *del decrecimiento*, pueden tener, como ya hemos indicado, el resultado contrario al objetivo de “convivialidad” que proponen ambos diccionarios.

Parecería mucho más lógico, y también políticamente oportuno, aprovechar la crisis múltiple (y los “recortes”) del sistema socioeconómico imperante para denunciar su agotamiento y proponer como objetivo su reconversión *hacia horizontes ecológica y socialmente más viables, cohesionados y atractivos*, que debería de suscribir el grueso de las personas que no tengan intereses mezquinos o inconfesables asociados al *statu quo*. Hacer hincapié en la meta del decrecimiento y/o del posdesarrollo puede oscurecer la verdadera meta de la reconversión hacia los escenarios ecológica y socialmente más saludables hacia los que el movimiento ecologista debería de liderar la actual crisis de civilización. Y esa reconversión exigirá por fuerza crecimientos y decrecimientos, aumentos y disminuciones.

Veamos más en detalle, a la luz de los *Diccionarios del posdesarrollo* y *del decrecimiento*, el contenido del decrecimiento que suscriben las corrientes decrecentistas

38 Palabra ya habitual tomada de las siglas de la expresión inglesa que significa “no en mi patio”, utilizada para reflejar la oposición generalizada de la población a que le pongan industrias contaminantes, peligrosas o molestas próximas, aunque esa oposición se diluya si esas industrias se instalan en territorios que son lejanos.

del movimiento ecologista, para ver en qué medida se solapa con el decrecimiento que nos viene ofreciendo el propio sistema.

Como había comentado en ocasiones, creo que enarbolar el decrecimiento como titular rompedor de revista o libro para coger a contrapié a la dogmática del crecimiento económico puede resultar adecuado³⁹. Sobre todo, cuando el término surgió en pleno auge consumista y fue, y sigue siendo, utilizado como crítica a la “sociedad de consumo”⁴⁰. Pero que tomar en serio ese término como meta o bandera del movimiento ecologista es, en primer lugar, un gesto tributario del reduccionismo propio del enfoque del crecimiento económico dominante y, en segundo lugar, un objetivo genérico poco atractivo, sobre todo cuando el decrecimiento nos lo viene ofreciendo el propio sistema. Desde hace tiempo he venido apreciando la falta de coherencia, y de oportunidad política, que alberga el discurso del decrecimiento que promueve, con empeño digno de mejor causa, parte del movimiento ecologista⁴¹. Y veremos que, lamentablemente, ambos diccionarios, lejos de corregir, contribuyen a dejar más claras estas incoherencias.

Por una parte, decimos que el objetivo del decrecimiento es tributario del reduccionismo del enfoque económico ordinario, porque el término no suscita por sí mismo ninguna idea de cambio de modelo o de sistema, sino que surge como el negativo del discurso del crecimiento económico. Pues al igual que crecimiento, decrecimiento refleja un verbo sin sujeto ni predicado y, para que tengan sentido, ambos han de referirse a la evolución unidireccional de algo a definir. La ideología económica dominante le dio sentido al término crecimiento tras un arduo y prolongado trabajo de más de un siglo. Como hemos apuntado, para llenar de contenido económico al término crecimiento tuvieron que inventarse primero y asumirse después la metáfora absoluta de la producción y la idea usual de sistema económico, para construir sobre estas ideas, por último, los sistemas de Cuentas Nacionales y cifrar el famoso PIB, que por fin otorga realidad monetaria domesticada a esa producción metafórica que se presupone que debe de crecer para colmar de “bienes y servicios” a la población.

Es este largo trabajo ideológico el que ha otorgado tal peso y valor positivo al término crecimiento (económico) o a su análogo desarrollo, que ha llegado a eclipsar los otros posibles significados, permitiendo su utilización sin necesidad de adjetivarlo, ni de precisar ya que se refiere al agregado de renta o producto nacional.

39 Es el caso, por ejemplo, del libro traducido y editado en francés por Jacques Grinevald e Ivo Rens en 1979, con textos de Georgescu-Roegen, cuya primera edición llevó por título *Demain la décroissance* (Georgescu-Roegen, 1979), que presentaba implícitamente el decrecimiento como algo que nos acabaría ofreciendo el sistema, no como una propuesta de los autores.

40 Hay que recordar que las críticas a la “sociedad de consumo” venían desde mucho antes de que se empezara a utilizar el eslogan del decrecimiento que, sin aportar nada nuevo, apela a una especie de ascetismo sectario poco movilizador. Estas críticas alcanzan, al menos, desde la formulación pionera de Veblen, en su *Teoría de la clase ociosa* (1995 [1899]) y las múltiples elaboraciones que culminaron a raíz del mayo 68, hasta las que sintetizan más recientemente el panorama del “consumo”, como son, por ejemplo, los libros de Jorge Riechman (1998) o de Luís Enrique Alonso (2005).

41 Naredo, 2011.

Para que tenga sentido el objetivo del decrecimiento, éste se ha de referir también a alguna variable y el problema es que esa variable ha de ser distinta de la producción, ya que su decrecimiento tiene nombre propio, se llama depresión y no puede resultar atractivo para la mayoría de la gente, que tendría que sufrir sus consecuencias. Por lo tanto, llenar de sentido el objetivo del decrecimiento exige referirlo a alguna variable igualmente cuantitativa⁴² que resulte tan altamente significativa y deseable que pueda movilizar a la población. Volveremos después sobre este tema para revisar los intentos de dar contenido al objetivo del decrecimiento.

Por otra, decimos que es poco atractivo, porque decrecimiento rema a contraccorriente de las metáforas que comunican sensaciones positivas (se habla, por ejemplo, de crecimiento personal, de las cosechas... o de los niños, que se ven con buenos ojos), como en mayor medida ocurre con la palabra desarrollo (pues se habla del desarrollo del conocimiento, de los organismos, o de un plan o de una carrera profesional; lo mismo que alto se considera, en general, mejor que bajo y se habla, por ejemplo, de alto *standing*, de alta gama, como de sentimientos elevados, frente a las bajas pasiones y los sentimientos rastreros; o también grande mejor que pequeño, aumentar mejor que disminuir, etc.). Precisamente la valoración metafórica positiva que acompaña a las nociones de crecimiento y desarrollo es lo que hace que autores, como Amartya Sen, les otorguen un sentido más amplio y positivo, asociado al desarrollo de capacidades y libertades humanas. Pero con independencia de que juegue a favor o en contra de las valoraciones metafóricas habituales, hay que adjetivar o poner atributos al decrecimiento para que tenga algún significado concreto, en suma, hay que aclarar ¿qué es lo que se piensa y se propone que deba decrecer? Aunque luego volvamos sobre el tema, veamos cómo responden a esta pregunta los diccionarios del *Posdesarrollo* y del *Decrecimiento*.

La voz “Decrecimiento” del *Diccionario del posdesarrollo*⁴³, llamada a aclarar el tema, dice en su primer párrafo que “el decrecimiento [...] reclama una reducción equitativa de la producción y del consumo en los países industrializados”⁴⁴. Y, por si hubiera dudas, el mismo *Diccionario del decrecimiento* en su principal entrada sobre el tema, en la rúbrica “El decrecimiento hoy”, insiste pontificando que “los economistas ecológicos definen el decrecimiento como una reducción equitativa de la producción y del consumo”⁴⁵. Es decir que los principales teóricos del decrecimiento, no sólo usan de forma acrítica las categorías de producción y de consumo, sino que proponen que decrezcan, lo que como hemos dicho, por muy “equitativamente” que lo hagan, tiene nombre propio: se llama depresión y no puede ser una propuesta atractiva ni ilusionante para la mayoría.

Sorprende así sobremanera que gente bienintencionada e inteligente del movimiento ecologista dedique sus esfuerzos a defender y definir el decrecimiento de

42 El término así lo exige, pues tanto el crecimiento como el decrecimiento ha de referirse a algo que cuyo aumento o disminución pueda constatarse.

43 Kothari et al., 2019, p. 204-207.

44 Kothari et al., 2019, p. 204.

45 D’Allisa et al., 2015, p. 39.

esta manera. De ahí que en los textos de los propios diccionarios se trate de quitar hierro al asunto añadiendo matizaciones y puntos de vista que, o bien, resultan contradictorios con esa definición, o bien aderezan la voz decrecimiento con atributos benéficos totalmente ajenos a la misma, generando un panorama confuso. Por ejemplo, resulta contradictorio con lo anterior que en la misma voz decrecimiento del *Diccionario del posdesarrollo*, se diga una página más atrás que “el decrecimiento no equivale a una recesión o a un crecimiento negativo”. O que “la frase [supongo que quiere decir “la palabra” decrecimiento] no es originalmente un concepto (al menos a la manera del desarrollo económico) sino más bien una desafiante consigna política...” (como si las consignas no tuvieran que apoyarse en conceptos para ser eficaces). Y entre los múltiples atributos ajenos que se le atribuyen al decrecimiento para dulcificarlo figura, en la misma página, que “el decrecimiento implica una redistribución equitativa de la riqueza” (cuando como hemos visto bien puede implicar lo contrario: reforzar el clientelismo y desatar una mayor polarización social). O para encubrir la imagen de penuria que puede asociarse al decrecimiento, se afirma que “el proyecto del decrecimiento aspira a la construcción de otra sociedad, de una sociedad de abundancia frugal” (bonito oxímoron).

Para soslayar el reduccionismo que hereda del enfoque del crecimiento económico se postula que “el atractivo del decrecimiento surge de su poder para incluir y articular diferentes fuentes o corrientes de pensamiento (incluidas la justicia, la democracia y la ecología) y formular estrategias a diferentes niveles” (vaya, no veo ese gran poder de inclusión de la palabra decrecimiento que presuntamente hace su atractivo). En suma, se afirma a la vez de forma gratuita y grandilocuente que “de hecho el decrecimiento no es una alternativa, sino más bien una matriz de alternativas, que reabre la aventura humana a la pluralidad de destinos y al espacio de la creatividad, eliminando la cubierta de plomo del totalitarismo económico”...o se añaden otras bondades también atribuidas al decrecimiento en el diccionario del mismo nombre: “una transición al decrecimiento no equivale a una permanente trayectoria de descenso, sino una transición a sociedades convivenciales que viven simplemente, en común y con menos”⁴⁶.

En términos psicológicos semejante proceder trata de reforzar el atractivo del decrecimiento como término fetiche que suplanta al todo —es decir, al cambio socioeconómico deseado— volcando sobre el mismo el contenido emocional asociado al todo. Con el agravante de que el término fetiche genera sectarismo si no se asume con generalidad como había ocurrido con la metáfora absoluta de la producción cuya aceptación como término fetiche se vio apoyada, como vimos, por una potente elaboración conceptual y contable, además de formularse a favor de las valoraciones metafóricas ordinarias.

Frente a este mar de confusión que siembran ambos diccionarios sobre el objetivo del decrecimiento, creo que la polémica que mantuvieron Ernest García y Juan

46 D’Allisa et al., 2015, p.51.

Torres en el Consejo de ATTAC y mis posteriores comentarios⁴⁷, respondieron con más precisión y consenso a la pregunta clave ¿qué es lo que se piensa y se propone que debe decrecer?

Las respuestas que dio Ernest García a las preguntas planteadas por Juan Torres, ayudan a aclarar lo que creemos que debe decrecer en términos agregados, pero también consideré que se podían añadir nuevas precisiones. Respondiendo a la pregunta: “¿qué debe decrecer?”, Ernest afirma que

“La sociomasa, (el término es de Kenneth Boulding, y significa todo lo que tiene masa en el sentido físico en la sociedad; es decir, las poblaciones, los organismos, los artefactos) y el flujo metabólico de energía y materiales que mantiene la sociomasa (el *throughput* de Herman Daly)”.

Y a la de “¿cuánto debe decrecer ese indicador o lo que sea el objeto del decrecimiento?”, responde que “hasta que las dos magnitudes (sociomasa y flujo metabólico) estén por debajo de la capacidad de carga del planeta...”

Y a la tercera pregunta, relacionada con los efectos del decrecimiento propuesto sobre la vida y el bienestar de la gente, propone que la reducción demográfica sea “*benigna y voluntaria*”, que la reducción de artefactos se haga

“sobre todo en equipos y consumos superfluos (o dañinos)...”, que “la reducción del flujo metabólico se haga incrementando la eficiencia energética y material...”⁴⁸

Tras un nuevo intercambio concluyeron ambos que:

“no hay un indicador sintético adecuado para combinar los objetivos de decrecimiento, de bienestar social y de igualdad o justicia social” [...] “En teoría, concluye Ernest, supongo que se trataría de fijar un objetivo de decrecimiento ‘en grueso’ para llegar a una escala física sostenible y añadir entonces un sistema de medidas más analítico para tratar de orientar políticamente el camino, poniendo más acento en el decrecimiento de los males y tratando de evitar el de los bienes”⁴⁹.

Justo hasta aquí he visto que llegan las precisiones que proponen los defensores más solventes del decrecimiento como propuesta y ese objetivo agregado de decrecimiento “*en grueso*” es demasiado ambiguo (a continuación, subrayaré mi propuesta para precisarlo). Pero también hay que reconocer que es difícil hacerlo operativo sin concretar lo que se quiere que decrezca y lo que se quiere que no lo haga, restando universalidad al objetivo generalizado del decrecimiento, al complementarlo con otros de mantenimiento o incluso de crecimiento.

La ambigüedad que conlleva proponer que decrezca la “*sociomasa*”, que alberga tanto a los artefactos (buenos y malos) como a la propia especie humana, es tal que se prestaría a humoradas del tipo de precisar que el objetivo generalizado del de-

47 Naredo, 2012.

48 Naredo, 2012, p.82.

49 Naredo, 2012, p.82-83.

crecimiento no incluye propuestas de pigmeización y/o jibarización del propio ser humano. Lo mismo ocurre con el flujo metabólico de energía y materiales, habida cuenta que alberga energías renovables y no renovables, materiales abundantes y escasos...y que su uso puede cerrar o dejar abiertos los ciclos de materiales o generar residuos tóxicos o peligrosos u otros que no lo son. Por ejemplo, puede haber casos de arquitectura vernácula que requieran mover más tonelaje en materiales que el consabido *estilo universal*, como sería la arquitectura de adobe (que usa tierra, en vez de hierro y cemento). En cualquier caso, comparaciones de este tipo exigirían análisis más complejos que distinguieran entre la naturaleza y los requerimientos directos e indirectos de los distintos materiales y energías, estimando las mochilas y huellas de deterioro ecológico de los distintos modelos constructivos a comparar. Además, cuando las energías y los diversos materiales pueden sustituirse, tendríamos que tener algún criterio menos burdo que el requerimiento total de energía y materiales o que el llamado *throughput* para agregarlas. Para resolver estos problemas y ofrecer un contenido más preciso a la propuesta del decrecimiento, hice la siguiente propuesta en mi artículo sobre el decrecimiento antes citado⁵⁰. Quiero insistir ahora en ello, para lo cual transcribo estos párrafos del artículo.

“Como ya he apuntado antes [...] Antonio Valero y yo hemos desarrollado y aplicado una metodología que permite cuantificar, en unidades de energía, el coste de reposición del deterioro que el proceso económico inflige a la base de recursos planetaria, posibilitando establecer el seguimiento agregado de la misma. Esta metodología es de utilidad para llenar de contenido preciso la propuesta del decrecimiento: todo el mundo podría estar de acuerdo en el objetivo de reducir o hacer que *decrezca* el deterioro de la base de recursos planetaria, asociada a lo que se conoce como deterioro ambiental, por extracción de recursos y emisión de residuos. Creo que esta meta sustituye con ventaja a otros intentos de llenar de contenido físico la propuesta del *decrecimiento*, proponiendo asociarlo a variables menos básicas o más parciales, ambiguas o imprecisas, como son las de reducir el requerimiento total de materiales, de energía...o la apropiación de biomasa neta”⁵¹.

La propuesta antes indicada, permitiría agregar el deterioro ecológico de los procesos trascendiendo la disociación entre energía y materiales y, dentro de éstos, entre los distintos tipos de energía y materiales. Pues aporta información cuantitativa para saber si, desde el punto de vista ecológico, es mejor usar cierta cantidad de agua, de energía o de otros materiales. Incluso permite cuantificar el daño o coste ecológico asociado a los distintos usos de que puede ser objeto un mismo material o tipo de energía, pudiendo concluir si uno es “mejor” o menos dañino que otro. Nuestra propuesta se ha ido afinando tras la realización de numerosos trabajos que van desde el libro *Desarrollo económico y deterioro ecológico*⁵², al que ya hice referencia, hasta culminar, tras varias tesis doctorales, en libro *THANATIA* (2014)⁵³, que entre otras cosas precisa la composición del estado de máxima entropía hacia el que

50 Naredo, 2011.

51 Naredo, 2011, p. 83-84.

52 Naredo y Valero, 1999.

53 Valero y Valero, 2014.

a civilización industrial va empujando a la Tierra, respecto al cual podemos ver en qué medida nos vamos acercando. Como ejemplo más concreto y aplicado al agua, el lector interesado puede consultar mi trabajo “Retos de la economía del agua en España. Costes y cuentas del agua”⁵⁴, en el que se define y aplica la metodología que permite cuantificar en unidades de energía el daño o coste ecológico asociado a los distintos usos del agua, con criterios homogéneos generalmente aplicables.

Pero el mismo empeño de dar solidez teórica y empírica al objetivo del decrecimiento requiere de propuestas y procesos que escapan a la simple palabra decrecimiento, al exigir reconversiones con aumentos y disminuciones. La reducción del deterioro de la base de recursos y el ambiente planetarios, exigiría cambiar las reglas del juego económico en el sentido antes indicado, para promover (y aumentar) el uso de las energías renovables y la conservación y el reciclaje de materiales, para desactivar (y reducir) el uso de aquellos no renovables y para desinflar los afanes adquisitivos y/o consuntivos extendidos por todo el cuerpo social. Afanes que hacen que hasta los más pobres se esfuercen en trabajar para los ricos con el ilusorio empeño de emular los patrones de vida de éstos recurriendo a los sucedáneos de la llamada sociedad de consumo.

En este sentido de cambiar las reglas del juego y los afanes adquisitivo-consuntivos, apuntan tanto el “programa bioeconómico mínimo” que propone Georgescu-Roegen (incluido en el libro editado por Grinevald antes citado)⁵⁵ que empieza proponiendo prohibir las guerras y la fabricación de armamento..., como las “orientaciones” que nos da Lewis Mumford — por citar a otro de mis autores de cabecera— en el último capítulo de su libro *Técnica y civilización*⁵⁶, con apartados con títulos como “¡Aumenten la conversión!, ¡Economícen la producción! ¡Normalicen el consumo! ¡Socialicen la creación! ...”. Pero ninguno de ambos autores habla de decrecimiento como propuesta, como en algún caso se ha dado a entender. Georgescu-Roegen incluye en ese mismo libro críticas muy duras a la propuesta de crecimiento cero entonces de moda, que serían hoy aplicables a la del decrecimiento. Además, con su peculiar sentido del humor, ridiculiza las críticas a la sociedad de consumo que proponen una idílica vuelta a la naturaleza, cuando afirma que “bien lerdado será aquel que proponga renunciar totalmente al confort industrial de la evolución exosomática.

La humanidad no volverá a vivir en las cavernas y, menos aún, sobre los árboles”. Consideración que bien cabría extender a nivel cultural. Y la propuesta de reconversión social de Mumford supone aumentos y disminuciones, crecimientos y decrecimientos: “la actividad saludable -dice- exige restricción, monotonía, repetición, así como cambio, variedad, expansión”.

Por último, quiero subrayar que la metodología propuesta, si bien aporta información precisa sobre el coste ecológico de los procesos y las mochilas de deterioro

54 Naredo, 2017.

55 Georgescu-Roegen, 1979.

56 Mumford, 1934.

ecológico de los productos, a disminuir, no permite decir nada sobre su utilidad, individual o colectiva, ni menos aún sobre los aspectos redistributivos, que habría que tener en cuenta a la hora de enjuiciar y priorizar procesos y políticas. En lo que concierne al afán de hacer operativa la meta de conseguir que decrezca el deterioro ecológico que la especie humana inflige a la Tierra, a sus distintos niveles de agregación, quiero subrayar lo siguiente. Que actualmente es el reduccionismo monetario, guiado por meros afanes de lucro, lo que mueve el comercio y arrastra los flujos físicos, que evolucionan con el pulso de la coyuntura económica. Por lo tanto, el objetivo de hacer que decrezcan ciertos flujos físicos no puede abordarse directamente, es decir, sin cambiar las reglas del juego económico que los mueven y que hacen que el crecimiento de los agregados monetarios de renta, producción o consumo acentúe el deterioro ecológico.

Porque la evolución de los flujos físicos no es una variable independiente en el actual modelo de gestión, sino que depende de los flujos monetarios y de los beneficios y plusvalías que los mueven y orientan. Hay que visibilizar las actividades y lucros tan variopintos que alberga ese cajón de sastre de valor monetario que es el PIB, para enjuiciar lo que hay dentro y lo que queda fuera, lo que debería crecer o decrecer. En mi libro ya citado *Taxonomía del lucro*⁵⁷ he emprendido esta tarea de identificar y jerarquizar las actividades fuente de lucro, con el ánimo de generar una conciencia social y un marco institucional que desanime o impida aquellas que arrojan lucro sin contrapartida o con contrapartida corrupta o que resultan ecológica y socialmente dañinas.

Para aclarar mi punto de vista a este respecto voy a poner un ejemplo. Como es sabido, la última e intensa burbuja inmobiliaria ha explicado en buena parte el enorme uso y deterioro de energía, materiales y territorio que se ha venido dando en España. Esta burbuja ha sido propiciada por un modelo inmobiliario-financiero sui generis que incentiva la compra de viviendas como inversión, no como bien de uso. Inducido por la crisis económica, el consumo de cemento se ha desplomado en España a la cuarta parte de lo que era, situándose a niveles de hace sesenta años y a penas repunta... o el input total de materiales a la conurbación madrileña ha decrecido en más de un 30%.

En esta situación de claros decrecimientos, más que seguir enarbolando la bandera del decrecimiento como si nada hubiera pasado, lo que habría que defender es el cambio de modelo inmobiliario, para conseguir que no sean las finalidades especulativas las que sigan gobernando los flujos físicos y los usos del territorio, en un sistema que tiende a encadenar burbujas especulativas. Es el cambio de modelo, de enfoques, de políticas y de instrumentos, lo que permitiría reducir en el futuro el deterioro ecológico y no al revés. Es lo que debería de exigir el movimiento ecologista, ya que exigir decrecimiento, antes que reconversión del sistema, viene a ser como poner el carro delante de los bueyes: no resulta eficaz.

57 Naredo, 2019.

La ideología dominante permanece inmune a “los episódicos ataques”

El panorama que hemos venido comentando sobre la endeblez teórica de la propuesta del *decrecimiento* que hacen suya los diccionarios comentados y el empeño de utilizarla como término fetiche, nos retrotrae a lo dicho en primeros párrafos de este texto sobre los nuevos términos que se extienden sin certificado de nacimiento válido: su falta de consistencia, decíamos, “les resta nocividad, permitiendo que la ideología dominante siga reinando sin preocuparse de los episódicos ataques”. Hemos visto que “el tejido de conceptos clave” que se proponía demoler el *Diccionario del Desarrollo* en 1992, sigue vivo y, más aún, lo están las consiguientes convenciones socio-institucionales que, como la propiedad y el dinero, hacen que ese “tejido de conceptos” abstractos se concrete en la actual civilización globalizada, que nos arrastra hacia niveles cada vez más críticos de deterioro ecológico y polarización social y territorial.

¿Qué pasa con esos nuevos diccionarios, y con el *Pluriverso* de movimientos sociales que representan, que no consiguen subvertir de común acuerdo ese núcleo duro de ideas e instituciones que sigue imperando y orientando el comportamiento de la actual civilización industrial, cuya determinante incidencia planetaria marca la nueva era del *Antropoceno*? El problema estriba en que, pese a utilizar proclamas que hacen gala de radicalidad, salvo excepciones, suelen bailar al son que marca la ideología dominante, tanto por razones prácticas, como de pensamiento. Entre estas últimas porque es común que buena parte de las corrientes críticas asuman como universales y objetivas ciertas categorías básicas y nociones de sistema propias de la ideología económica dominante, pese a abrazar enfoques que pregonan la incertidumbre y desechan los “grandes relatos” o, más directamente, porque suscriben algunos de esos “grandes relatos” que comulgan con ellas. Surgen así desavenencias y peleas de liderazgo entre ellas, mientras que sigue avanzando una globalización económica e ideológica apoyada en categorías que muchos de los críticos continúan utilizando acríticamente como si fueran universales. Y entre las razones prácticas, juega la querencia pragmática a buscar la inmediatez y a perseguir falsos atajos, que hacen que la movilización social tienda a oponer a las metáforas dominantes términos inversos o conjuros poco atractivos y a criticar ciertos resultados sin denunciar ni combatir bien las causas. Pongamos algunos ejemplos.

Ya hemos visto cómo al crecimiento y al desarrollo se oponen propuestas con los términos inversos del decrecimiento o del posdesarrollo que resultan menos atractivos, en vez de denunciar la metáfora de la producción y la idea usual de sistema económico y construir, desde fuera de la ideología económica dominante, otras visiones del desarrollo (como la visión posicional antes esbozada que se ajusta al modelo depredador-presa) y del mundo que permanecían eclipsadas por esa ideología. Para que de verdad aflore el “vocabulario para una nueva era” que promete el diccionario del decrecimiento, ese vocabulario tiene que ser fruto de una doble

ruptura, a la vez epistémica y sistémica: por ejemplo, hay que denunciar la metáfora absoluta de la producción para que se caigan las ideas de sistema económico y de crecimiento, que se levantaban sobre ella. Y, así, una vez roto el monopolio ideológico tan reduccionista que venía ejerciendo esa idea de EL sistema económico, se desvanece el enfrentamiento entre economía y ecología, abriéndose el camino hacia la construcción de una economía de sistemas, que converja con esa biología de sistemas que es la ecología, permitiendo hablar de ecosistemas agrarios, industriales ...o urbanos, cuyo estudio y gestión reclamará enfoques transdisciplinarios y multidimensionales, en los que se conecten análisis de anatomía y de fisiología, de stocks o bienes fondo y de metabolismo con todos sus flujos (de agua, energía, materiales, dinero...e información), a los distintos niveles de agregación.

Además, hay que recordar que para que se produzcan cambios sociales significativos, no sólo hace falta esa doble ruptura epistémica y sistémica, sino también otra que abarque a la vez dimensiones ideológicas e institucionales, sociales e individuales. Por ejemplo, para que cambien las reglas del juego económico-financiero hoy establecidas, no sólo hay que desmontar y trascender la idea usual de sistema económico, con todo su aparato conceptual, sino que hay que incidir también sobre las dos convenciones sociales en las que se apoya, a saber, la propiedad y el dinero. Y para ello habrá que replantear, por una parte, los criterios de valoración (que, como hemos comentado, hoy se ajustan a la Regla del Notario) y el sistema monetario internacional, que carecen de entrada en los *Diccionarios* comentados. Por otra, habrá que replantear también la *teoría de la propiedad* imperante, cuyos fundamentos se muestran hoy obsoletos⁵⁸ y que también carece de entrada en ambos *Diccionarios*, cuando constituye la piedra angular que soporta las desigualdades en el mundo actual. Sin embargo, éstos otorgan, bastantes entradas a “Bienes comunes”, “Procomunes”, “Comunalidad” “Patrimonio comunitario” o “Economías comunitarias” respondiendo a la moda impuesta de hablar de “los comunes”.

Los comunes y la teoría de la propiedad

Como cuenta Gustavo Esteva⁵⁹, el origen de esta moda de hablar de “los comunes” arranca de la propuesta que lanzó el equipo de la revista inglesa *The Ecologist*, de utilizar “la defensa de los comunes (*commons*, en inglés)” como banderín de enganche del movimiento ecologista, después de estudiar otros posibles *slogans*, con motivo de la Cumbre de la Tierra celebrada en Rio en 1992. El término *commons* tiene importantes resonancias históricas en Inglaterra. Pues arrastra amplias connotaciones asociadas a los conflictos derivados de la liquidación de los usos comunes de la tierra cuando se implantó la propiedad absoluta de la misma, asegurando con los

58 Como expongo en el capítulo titulado “Por una nueva teoría de la propiedad” en Naredo, 2015c, p. 103-115 y como denunciaron ya hace tiempo autores que van desde Tawney (1921) hasta Macpherson, (1962).

59 Esteva, 2012, p. 244-246.

cercamientos (*enclosures*) la liquidación de los derechos que el campesinado tenía sobre ella, campesinado que al perder esos posibles medios de subsistencia se vio forzado a proletarizarse. Este “proceso de reificación de la propiedad absoluta de la tierra, por la que unos pocos pudieron apropiarse de cosas que antes eran patrimonio de muchos”⁶⁰ ocurrió en muchos sitios, pero en pocos tuvo tanta resonancia como en Inglaterra, con lo que el término pierde fuerza al traducirlo a otras lenguas. Por ejemplo, hablar en España de defensa de las tierras “comunales” no tiene la emotividad, ni el significado más amplio que suscita en Inglaterra hablar de “la defensa de los comunes”, pese que la liquidación de esas tierras y aprovechamientos comunes fue también teatro de graves conflictos, que alcanzan hasta las guerras carlistas del siglo XIX y los intentos de reforma agraria del siglo XX. Por otra parte, la palabra “comunes” resulta muy imprecisa en nuestra lengua y, además, Esteva la desecha porque tiene connotaciones poco atractivas⁶¹. Enfrentándose a estos problemas de traducción, Gustavo Esteva opta juiciosamente por hablar de “ámbitos de comunidad”: la defensa de los comunes se traduciría así por “la defensa de ámbitos de comunidad” (antiguos o nuevos). Y ve en México un ejemplo modélico de aplicación de esta idea en la zona bajo control zapatista de Chiapas.

En esta línea el *Diccionario de posdesarrollo* avanza en otorgar significado concreto a la voz “comunalidad” de Arturo Guerrero, que sustituye a la de “comunidad” antes apuntada: la voz “*Comunalidad* nombra el modo de ser y de vivir de los pueblos de la Sierra Norte de Oaxaca, y de otras regiones de ese Estado del sureste mexicano”. El problema aparece a la hora de generalizar esa propuesta de defensa de los “bienes comunes”, “ámbitos de comunidad” o de “comunalidad” a países que no cuentan con experiencias del porte de las indicadas, cuya singularidad dificulta su extensión a otros territorios. Las voces relacionadas con el tema pasan de experiencias muy concretas a expresar generalidades y deseos variados, en ocasiones contradictorios, además de emplear terminologías diferentes. Por ejemplo, en la misma voz “Comunalidad” se dice que “lo comunal no es un conjunto de cosas, sino un fluir integral”. O “la comunalidad es el predicado verbal del Nosotros. Nombra su acción, no su ontología”. Y en la voz “Comunalidad” del mismo autor que figura en el *Diccionario del Decrecimiento*, se afirma que “el Nosotros se constituye en un horizonte ontológico, ético y estético...”; “comunalidad tiene dos sentidos: como *mundo* y como *relato* de ese mundo” [... o la comunalidad] “no contempla al *decrecimiento*, concepto atinado para... propiciar alternativas en y desde Europa”. A la vez que en la voz “patrimonio comunitario” del mismo diccionario se afirma que “el patrimonio comunitario constituye un motor para el decrecimiento”. La voz “economías comunitarias” del *Diccionario del posdesarrollo* afirma que “el término “economía comunitaria” designa un espacio de reflexión y acción. Las economías comunitarias integran prácticas diversas y éticamente negociadas que defienden los medios de vida de los seres

60 Congost, 2007, p. 32.

61 Gustavo Esteva observa que “la palabra “común” tiene cierta connotación negativa, inferior... Lo “común y corriente” llega a tomarse... como algo vulgar o inferior” (Esteva, 2012, p. 246).

humanos y no humanos y la preservación de hábitats florecientes”. Por si quedaba alguna duda de lo que abarca, la propia voz “bienes comunes” incluida en el citado diccionario añade ambigüedad al firmar que “todas las formas de cooperación humana no jerárquica son diferentes expresiones de los comunes”. Escapa al propósito del presente texto redundar más en la bruma de palabras y expresiones más o menos brillantes que empaña la noción de “bienes comunes” a defender.

Tras este batiburrillo creo que subyace el afán de hacer de “los comunes” un término fetiche, que alberga infinidad de connotaciones positivas que van desde “todas las formas de cooperación humana” ...hasta “la preservación de hábitats florecientes”. Renacen, así, bajo nuevas formas las ilusiones que en otra época suscitó el comunismo, término que cayó en desuso tras el fiasco de la experiencia soviética. Pues en su afán de priorizar lo público frente a lo privado y el Estado frente las personas, desembocó en un régimen despótico que extendió el miedo y el clientelismo político por todo el cuerpo social, para acabar finalmente privatizando entre los oligarcas lo público. Ahora, al menos, las voces implicadas suelen insistir en la gestión compartida de “los comunes” y en la democracia participativa. Y a todo esto la palabra propiedad, cuyos cambios estaban en el origen de las *enclosures* y la liquidación de los *commons*, apenas aparece en todas estas voces, ni tiene entradas propias en estos diccionarios. Mientras tanto, la teoría que defiende la propiedad absoluta sobre la que toma cuerpo la idea usual de *sistema económico*, sigue impregnando impunemente. Cuando la crítica a esta teoría obsoleta de la propiedad debería de ser el nexo de unión entre todas estas voces y esfuerzos por defender “ámbitos de comunidad” nuevos y antiguos, capaces de romper el imperio bipolar reductor que, tras aceptar el carácter absoluto de la propiedad, enfrenta privatización a estatalización. Así las cosas, “queda por hacer una teoría de la propiedad mínimamente consistente y adaptada a la realidad actual. Esta teoría debería de romper el cajón de sastre de la propiedad y la riqueza para diferenciar sus contenidos y tratamientos [...] ha de distinguir al menos las propiedades ligadas a las actividades económicas y al uso y disfrute de sus propietarios, de aquellas otras financieras o inmobiliarias que tienen como función principal salvaguardar y ampliar el poder y la riqueza de sus propietarios”⁶². La situación pide a gritos elaborar esa nueva teoría de la propiedad que trascienda la idea obsoleta pero aún dominante de propiedad absoluta (y sagrada) sobre la que se apoya el enfoque económico ordinario para unificar, con su reduccionismo monetario, las ideas de *riqueza* y *patrimonio*.

Colonialidad o dominación poscolonial

Entre el arsenal de términos nuevos que se han extendido con éxito figura el concepto de “colonialidad”, introducido por Aníbal Quijano⁶³ “para nombrar las injus-

62 Naredo, 2015c, p. 113.

63 Quijano, 1992.

ticias que se comenten en nombre de la modernidad, la civilización y el progreso. Y nos propuso la «reconstitución epistemológica» como horizonte decolonial: esto es, la decolonialidad”, como cuenta la voz “Pensamiento decolonial” del diccionario del *Decrecimiento*. El neologismo “colonialidad” adquiere así un significado mucho más amplio que el término “colonialismo” ya existente, que se refería a la colonización de tierras y a las relaciones entre los países metropolitanos y sus colonias, lo cual puede llevar a confusión si no se precisa bien en qué sentido se está usando el término. Por ejemplo, en el Prólogo de Wolfgang Sachs al *Diccionario del Posdesarrollo*, se habla de “las sociedades que acaban de escapar del colonialismo” o de “la etapa de la historia mundial que siguió a la era colonial”⁶⁴, a la vez que en el prefacio de los editores se habla del “moderno sistema mundial colonial capitalista patriarcal”⁶⁵ como si la etapa colonial siguiera vigente. Este confusionismo se aclararía precisando que el sistema de dominación actual difiere del modelo de dominación colonial clásico⁶⁶. En este último eran los países metropolitanos los que controlaban directamente las colonias y enviaban flujos de población —sobre todo colonos— para colonizarlas física y culturalmente y lucrarse con el comercio colonial. Sin embargo, hoy las antiguas colonias se han emancipado como países y es sobre todo a través de las empresas transnacionales y las relaciones económico-financieras, como los antiguos países metropolitanos siguen ejerciendo el dominio, apalancado por el poder político-militar, a la vez que se invierten los flujos migratorios y financieros, que ahora van desde las antiguas colonias hacia las antiguas metrópolis. De esta manera, si lo que se quiere subrayar es que la dominación prosigue, a todos los niveles, tras la emancipación de las colonias, aquí sí que estaría bien recurrir al sufijo post: podríamos subrayar mejor y más claro que la dominación prosigue, hablando de la etapa de “dominación poscolonial”, que metiendo todo en el mismo saco de la “colonialidad”, con el riesgo de fabricar un nuevo término fetiche que alimente el pecado del “*externalismo*”, es decir, del afán de atribuir las causas de todos nuestros males a instituciones, personas o cosas ajenas a nosotros mismos.

Ceremoniales climáticos y otros ejemplos de distracción

Pero, como decíamos, escapa al propósito de este texto adentrarnos en la bruma de nuevas palabras, expresiones y objetivos que utilizan, con mejor o peor fortuna, ciertas corrientes del movimiento ecologista, para marcar liderazgos e identidades grupales, sin que apenas aporten conocimiento crítico y favorezcan la movilización social. Afortunadamente creo que el movimiento alberga personas que, menos atentas a los florilegios del lenguaje y la vanagloria, siguen batiéndose el cobre, a menudo en condiciones difíciles, contra las agresiones que genera el sistema en nuestros

64 Sachs, 2019, p. 22.

65 Kothari et al., 2019, p. 37.

66 Como preciso en “Diferencias del modelo de dominación actual frente al modelo colonial” (Naredo, 2015b, p. 105-112).

entornos sociales y territoriales. Simplemente quiero subrayar que muchas de esas novedades verborreicas, por razones que se me escapan, tienden a criticar efectos, soslayando las causas, a responder a iniciativas ajenas, y/o a distraer, en vez de centrar, la atención sobre los aspectos clave de la ideología y las instituciones dominantes. Pongamos algunos ejemplos más.

Valga como ejemplo de supeditación del movimiento ecologista a iniciativas oficiales la de “la lucha contra el cambio climático global”, a la que tanto esfuerzo se ha venido dedicando, en detrimento de otras causas. Como apuntaba en el primer párrafo de la introducción al libro *La incidencia de la especie humana sobre la faz de la Tierra (1955-2005)*⁶⁷, “a medida que los problemas ecológico-ambientales se fueron agravando, la reflexión y los encuentros internacionales originados desplazaron su centro de interés desde el territorio hacia el clima. Este desplazamiento no es ajeno a la cada vez más evidente dificultad de reconvertir los modos actuales de gestión que inciden sobre el territorio y los recursos planetarios: esta dificultad indujo a abrazar falsos pragmatismos ingenuamente orientados a corregir los efectos (el cambio climático) sin preocuparse de atajar las causas (el uso de la Tierra y sus recursos). Porque, para ayudarnos a convivir con nuestros males, la mente humana tiende a creer que los problemas pueden solucionarse con reuniones, conjuros institucionales u otros gestos dilatorios, sin necesidad de cambiar el contexto que los genera...”.

Esto es lo que ocurre con el predominio de encuentros cada vez más ceremoniales sobre “el cambio climático global”, desde que los poderes establecidos lideran el tema tras haber constituido en 1988 el Panel Intergubernamental del Cambio Climático —conocido por el acrónimo en inglés IPCC (*Intergovernmental Panel on Climate Change*)— y el movimiento ecologista se ve obligado a sumarse a ellos, aunque no sea más que para montar, con gran esfuerzo, “foros alternativos”, en detrimento de otras iniciativas. Un dato significativo es que la agencia de medio ambiente de Naciones Unidas ha ido suprimiendo los otros programas, para mantener sólo el referente al cambio climático global, con lo que en el fondo desatiende los medios de paliarlo.

Así las cosas, como apunta un chiste de El Roto, “la lucha contra el cambio climático consiste mayormente en hablar del tiempo”, lo cual supone una bendición para el sistema, al distraer la atención respecto a los problemas mucho más próximos e inmediatos de la gente (entre los que se incluyen los deterioros territoriales asociados al extractivismo y a la especulación inmobiliaria, así como el microclima tan contaminado que se respira en ciudades como Madrid, de los que apenas se hablaba hasta que el movimiento ecologista lo puso en la agenda política). Y mientras “hablamos del tiempo” el funcionamiento sordo de la maquinaria económico-fi-

67 Naredo y Gutiérrez, 2005. Este libro es un homenaje implícito al monumental Simposio *Man's Role in Changing the Face of the Earth* que tuvo lugar en 1955 en Princeton (EEUU) y a las personas que lo animaron (Sauer, Mumford y Glacken, entre otros) cuando cincuenta años más tarde, en plena era de la “globalización”, en vez de haberse consolidado, brillan por su ausencia los análisis globales sobre la incidencia de la especie humana sobre la “faz de la Tierra”, al monopolizar la atención el clima.

nanciera que había motivado el problema sigue imperturbable su curso. Existen ya textos críticos que, aun reconociendo la gravedad del cambio climático, denuncian cómo al hacer hincapié en la “emergencia climática” y centrar toda la atención en las emisiones de CO₂, se distrae la atención sobre el resto de los desastres ecológicos en curso, que son precisamente los que habría que corregir para paliarlo⁶⁸. Se habla mucho de transición ecosocial, pero poco de transición económica, sin la cual no cabe esperar que aquella llegue a puerto.

Otro ejemplo de echar balones fuera, con expresiones alejadas de las causas que se deberían de visibilizar y combatir, podría ser el objetivo de moda de la “justicia climática”, cuando a lo que habría que apelar es a la justicia económica para paliar las desigualdades y discriminaciones en curso. Veamos qué se trata de decir con semejante expresión. En el año 2000 el grupo neoyorquino CorpWatch elaboró una definición de justicia climática: “Justicia climática significa oponerse a la destrucción causada por los *gánsteres del invernadero* en cada fase del proceso de producción y distribución”⁶⁹. Verdaderamente no hace falta ser jurista para darse cuenta de que esta no puede ser una definición de justicia, porque —dejando a un lado la mala calidad de la frase— el clima no puede ser un sujeto jurídico con el que establecer una relación justa. Creo que lo que se trata de decir es que los mayores causantes de la emisión de CO₂ tienen que hacer más por remediar los daños, pero el pobre clima es igual para todos y no puede ser ni justo ni injusto. Algo parecido podríamos decir del objetivo de moda de la “justicia ambiental”, si se entiende el medio ambiente como un entorno indefinido que nos rodea, en vez hablar de justicia económica y social para señalar directamente a las personas y entidades que habitan o intervienen en los territorios, con sus posiciones y relaciones injustas, apoyadas en propiedades, ingresos y poderes desiguales.

Otros ejemplos del empleo de expresiones que oscurecen los problemas que pretenden denunciarse vienen de la mano del prolífico uso inadecuado de la palabra “deuda”. Sorprendentemente, en el artículo al que acabamos de referirnos se dice, sin explicarlo, que “el concepto de justicia climática está estrechamente relacionado con el de deuda climática”, arrastrado posiblemente por la moda de hablar de “deuda ecológica”, para referirse al desigual reparto que se ha venido operando en la utilización de los recursos planetarios entre países y entre generaciones, que sugiere una deuda moral y/o un deber de reparar los daños por parte de los beneficiarios. El problema es que para que haya deuda exigible tiene que haber una relación consentida entre un deudor y un acreedor. Pero la realidad de lo ocurrido es que se ha producido un mero expolio o saqueo de recursos amparados por el poder y/o por relaciones de intercambio sesgadas en favor de los expoliadores (por lo que hemos llamado Regla del Notario⁷⁰) en las que no ha habido compromiso de deuda alguna. Lo que revela lo ocurrido, y lo que sigue ocurriendo, es la relación posicional

68 Véase: Ribeiro, 2018; Moreno et al., 2016.

69 Roy, 2019.

70 Que supone, entre otras cosas, que se pagan los recursos por el mero coste de extracción, no por el coste de reposición, favoreciendo así el extractivismo.

que entraña el llamado desarrollo, que como hemos visto ilustra el modelo depredador-presa. Relación en la que unos países utilizan el resto del mundo como base de recursos y sumidero de residuos porque pueden pagarlo (al ejercer como atractores de capitales y/o disfrutar de relaciones de intercambio favorables). Así se cierra el círculo del expolio, sin que haya por medio ninguna deuda exigible a los expoliadores. Llamemos las cosas por su nombre: hablemos de expolio ecológico, no de deuda ecológica.

Conclusión. Orientaciones para un cambio de paradigma

Como nos recordaba Lewis Mumford, si revisamos los procesos históricos de revitalización y cambio social positivo, cabe apreciar que “son períodos durante los cuales en la comunidad, mediante la investigación crítica y la nueva orientación consciente, se forma una representación colectiva clara de sus propias finalidades y aparece una fe apasionada en la posibilidad de una nueva actitud y de un profundo cambio social...” Concluyendo que “sin esas metas bien definidas [e ilusionantes], tanto las organizaciones sociales, así como las presiones sociales más fuertes, disipan sus energías en esfuerzos inútiles. Cuando no hay meta no hay dirección: no hay plan fundamental, ni consenso y, por lo tanto, no hay acción efectiva práctica. Si actualmente la sociedad se encuentra paralizada, ello no se debe a la falta de medios, sino a la falta de fines”⁷¹.

A la vista de lo hasta ahora comentado, creo que ha sido la falta o la endeblez de las metas y consignas generales, unida al empleo de términos fetiche desafortunados, lo que ha quitado fuerza y cohesión al movimiento ecologista. Creo que la *Eutopía* propuesta pioneramente por Geddes y Mumford marca en buena medida la meta ilusionante hacia la que apunta la transición ecosocial de la que ahora se habla, frente a la *Cacotopía* o utopía negativa (en el doble sentido de que su extensión espacio-temporal no es posible ni deseable, al mostrarse ecológica y socialmente degradante) hacia la que nos arrastra la actual tiranía corporativa globalizada. Como sintetiza Patrick Geddes, se trata de inclinar la balanza desde la actual *Cacotopía* hacia la deseable *Eutopía*, “dedicada la primera a despilfarrar energías en pos de ganancias monetarias individuales y la segunda a conservar energías y organizar el medio ambiente para el mantenimiento y el enriquecimiento de la vida social e individual, cívica y eugénica».⁷²

Aunque la *Eutopía* presenta un horizonte más generalmente viable y deseable que la *Cacotopía*, tiene la virtud de revelarse también utópica, porque asume que se enfrenta a inercias mentales e institucionales y a intereses establecidos que tienden a perpetuar el *statu quo* y que habrá que combatir permanentemente, ya que no tienen visos de desaparecer por completo. Creo que un aluvión de modas y términos novedosos ha venido oscureciendo la meta ilusionante de la *Eutopía*, que debería

71 Mumford, 1945, Vol. 2, p. 134.

72 Geddes, 1960, p. 78; Naredo, 2020.

de ser la que iluminara y orientara los planteamientos y las acciones del movimiento ecologista y/o ecofeminista. Meta de fondo que debería de guiar y coordinar las reconversiones que se están planteando penosamente para fines parciales y realidades sectoriales. Por ejemplo, las exigencias de reconversión energética deberían de incentivar la realización de planes mucho más ambiciosos de reconversión del metabolismo de la sociedad y de saneamiento económico y territorial adaptados a las distintas realidades y orientados hacia horizontes ecológicos y sociales generalmente deseables, viables y saludables. Con este planteamiento más amplio e integrador aparece más claro el conflicto fáustico que muestra el presente entre Cacotopía y Eutopía, en el que la demolición de la ideología dominante es condición necesaria para conseguir que la situación se incline en favor de esta última.

“La exploración de alternativas al desarrollo” recogida en el *Diccionario del pos-desarrollo* creo que no debe oscurecer el hecho de que, habiéndose globalizado la ideología económica dominante, con su noción de sistema económico y sus ideas de producción y crecimiento, hacen falta respuestas globales para trascenderlas. Para cambiar el paradigma sociocultural que ha globalizado la civilización industrial, cuya presencia en la Tierra es tan determinante, hace falta anteponer visones globales que relativicen y trasciendan toda una serie de visiones e ideas antropológicas, sociales, políticas y económicas que se consideran universales, y creo que el *Diccionario* tendría que decirlo, aunque su objetivo sea explorar ese *pluriverso* de alternativas que, con más o menos radicalidad y acierto, tratan de trascender el paradigma dominante.

Insistamos, por último, en que dado el lugar tan prioritario que ocupa el pensamiento económico ordinario en la ideología dominante, su futuro se vinculará al futuro de esta, con todas sus piezas. No cabe concebir, así, una revolución científica en economía sin que a la vez se produzca un “cambio de paradigma” sociocultural mucho más amplio. Pues ya hemos subrayado que no sólo existe un claro acoplamiento entre la ideología económica dominante y las construcciones sociales e institucionales al uso, sino también entre aquella y las psicológico-individuales —como la moderna idea de individuo sobre la que reposa la construcción del *homo oeconomicus*— advirtiéndolo que el cambio ideológico en *lo económico* exige replantear las visiones y sintonías que se operan entre todos estos niveles. Y este replanteamiento ha de afectar por fuerza a esa otra pieza clave de la ideología dominante que es la noción usual de sistema político, prima hermana de la de sistema económico, ya que parte de los mismos enfoques mecanicistas, causales y parcelarios y de las mismas ideas de individuo y sociedad sobre las que ésta se apoya.

E insistamos, en lo que concierne a *lo económico*, en que hay que replantear la actual teoría de la propiedad, y el sistema monetario internacional, para controlar la desbocada creación por entidades privadas de capacidad de compra sobre el mundo y la consiguiente inflación de activos patrimoniales, así como corregir los criterios de valoración y retribución al uso, enderezando (la curva que representa) la Regla del Notario, como pasos obligados para facilitar la reconversión de nuestras actuales

sociedades hacia horizontes sociales y ecológicos más saludables, pasos que apenas aparecen tratados en los *Diccionarios* comentados.

Concluyo con los párrafos finales del capítulo “Cambio de paradigma” del libro *Economía, poder y política* antes citado que creo que sintetizan bien mis ideas sobre el tema:

“...para que todos estos replanteamientos cristalicen en un verdadero cambio de paradigma sociocultural han de apoyarse en una interpretación común de la evolución humana que permita relativizar y replantear las añejas ideas sobre las que hoy reposa el *statu quo* mental e institucional. Una interpretación filosófica y, por ende, racional, capaz de trascender el empeño ilustrado de imponer a sangre y fuego las razones científicas y los intereses parcelarios que han desembocado en sinrazones y deterioros globales. Una interpretación que deberá ser lo suficientemente amplia como para unificar los distintos aspectos de la experiencia humana, trascendiendo divorcios tan sonados como los que se han venido produciendo entre individuo y sociedad, entre razón y emoción, entre economía y ecología o el que enfrenta a los individuos humanos entre sí y con el resto de la naturaleza. Pero, a la vez, lo suficientemente flexible como para albergar, e incluso promover, la más amplia diversidad de culturas, opiniones o formulaciones parciales entre aquellos que la suscriban.

Una interpretación de la evolución de la especie humana que nos permita asumir, con evidentes visos de racionalidad, de dónde venimos, dónde estamos y hacia dónde vamos y podemos ir, a fin de orientar conscientemente nuestras acciones hacia la consecución de ciertas metas sociales e individuales, a la vez que se desechan otras. Una interpretación, en suma, que trascienda en una nueva síntesis los dogmas de esa razón parcelaria que ha venido ignorando dimensiones psicológicas y ecológicas esenciales que relacionan al ser humano con su entorno físico y social. Una interpretación que está todavía por hacer y a la que este libro espera modestamente contribuir.”⁷³

Bibliografía

- ALONSO, L.E. *La era del consumo*. Madrid: Siglo XXI, 2005, 383 p.
- ATTALI, J., CASTORIADIS, C., DOMENACH, J.M., MASSE, P., MORIN, et alt. *Le Mythe du Développement*. Paris : Eds. du Seuil, 1977 [trad. en castellano de Ed. Kairos, 1979. 257 p.]
- BIEHL, J. y STANDENMAIER, P. *Ecofascismo. Lecciones sobre la experiencia alemana*. Barcelona: Virus, 2019. 209 p.
- CONGOST, R. *Tierras, leyes, historia, estudios sobre la gran obra de la propiedad*. Barcelona: Crítica, 2007. 347 p.
- D'ALLISA, G., DEMARIA, A., KALLIS, G.(eds.), *Decrecimiento. Vocabulario para una nueva era*. Barcelona: Icaria, 2015, 2ª ed. Ampliada 2018. 400 p.
- ESTEVA, G. (Coord.). *Repensar el mundo con Iván Illich*. Guadalajara, México: La casa del mago, 2012. 300 p.
- FRAILE PELÁEZ, J. Para entender Bolonia, *ABC*, 12 de mayo de 2015, 2015, p.3. accesible en: http://webdiis.unizar.es/~seron/archivos/pres_entradas/110._para_entender_bolonia.pdf
- FROMM, E., *Anatomía de la destructividad humana*, Madrid, Siglo XXI de España, 1975, 359 p.

73 Naredo, 2015c, 219-221.

- GAVIRIA, M., NAREDO, J.M., SERNA, J. (coords.). *Extremadura saqueada. Recursos naturales y autonomía regional*. Paris: Ed. Ruedo Ibérico, 1978, 648 p. [accesible en la sección de Bibliografía de mi página Web: El rincón de Naredo]
- GEDDES, Patrick. *Ciudades en evolución*. Buenos Aires: Infinito, 1960. 301 p.
- GEORGESCU-ROEGEN, N. *The entropy law and the economic process*. Cambridge (Mass.) y London: Harvard University Press, 1971 [Ed. en castellano: Madrid, Visor Distrib. & Fund. Argentaria, Col. Economía y Naturaleza, 1996. 545 p., accesible en la sección de publicaciones de la Web de la Fundación César Manrique junto con los otros libros de la Colección Economía y Naturaleza]
- GEORGESCU-ROEGEN, N. Présentation et traduction de Jacques GRINEVALD et Ivo RENS J. *Demain la décroissance*. Lausanne : Eds. Pierre-Marcel Favre, 1979, Reed., Paris : Éditions Sang de la terre, 1995. 254 p.
- HERNANDO, A. *La fantasía de la individualidad. Sobre la construcción sociohistórica del sujeto moderno*. Buenos Aires: Katz, 2012. 201 p.
- KOTHARI, A., SALLEH, A., ESCOBAR, A., DEMARIA, F., ACOSTA, A. (Coords.) *Pluriverso. Un diccionario del posdesarrollo*. Barcelona: Icaria, 2019. 477 p.
- MACPHERSON, C.B. *The Political Theory of Possesive Individualism*. Oxford: The Clarendon Press&Oxford University Press, 1962 [ed. en castellano, Barcelona: Fontanella, 1970. 265 p. y Madrid: Trotta, 1979].
- MORENO, C., SPEICH CHASSÉ, D. Y FHUR, L. *La métrica del carbono: ¿el el CO₂ como medida de todas las cosas? El poder de los números en la política ambiental global*. México, Centroamérica y El Caribe: Fundación Erich Böll, 2016. 65 p.
- MUMFORD, L. *The Culture of the Cities*, 1938 [ed. en castellano: *La cultura de las ciudades*. Buenos Aires: EMCE, 1945, 3 volúmenes, 372. 459 y 189 p. y en Logroño: Pepitas de Calabaza. 768 p.]
- MUMFORD, L. *Technics and Civilization*, 1934 [ed. en castellano: *Técnica y civilización*. Madrid: Alianza Editorial, 1971. 522 p.]
- MUMFORD, L. *The Myth of Machine*. 1967 [ed. en castellano Buenos Aires: EMCE, 1969. 494 p. y más recientemente en Logroño: Pepitas de Calabaza, 2011. 799 p.]
- NAREDO, José Manuel. Sobre el origen, el uso y el contenido del término “sostenible”. *Documentación Social*, nº 102, 1996, p.129-148.
- NAREDO, J.M. Y VALERO A. (dirs.), *Desarrollo económico y deterioro ecológico*, Madrid: Visor Distrib y Fundación Argentaria, Col. Economía y Naturaleza, 1999. 388 p. [accesible en la sección de publicaciones de la Web de la Fundación César Manrique junto con los otros libros de la Colección Economía y Naturaleza]
- NAREDO, J.M. Y GUTIÉRREZ, L. (eds.). *La incidencia de la especie humana sobre la faz de la Tierra (1955-2005)*. Granada: Editorial Universidad de Granada y Fundación César Manrique, Col. Economía y Naturaleza, 2005. 532 p. [accesible en la sección de publicaciones de la Web de la Fundación César Manrique junto con los otros libros de la Colección Economía y Naturaleza]
- NAREDO, J.M. Reflexiones sobre la bandera del decrecimiento, *Viento Sur*, nº.118, 2011, p.23-35.

- NAREDO, J.M. Ideas a raíz de la polémica del decrecimiento. A propósito de un debate en el Consejo de ATTAC, *Viento Sur*, nº.120, 2012, p. 81-87
- NAREDO, J.M. *La economía en evolución. Historia y perspectivas de las categorías básicas del pensamiento económico*. Madrid:, Siglo XXI de España, 1987, 4ª edición actualizada 2015a.783 p.
- NAREDO, J.M. *Raíces económicas del deterioro ecológico y social. Más allá de los dogmas*. Madrid: Siglo XXI de España, 2006 , 2ª edición actualizada 2015b. 298 p.
- NAREDO, J.M. *Economía, poder y política. Crisis y cambio de paradigma*. Madrid: Díaz&Pons, 2015c. 221 p.
- NAREDO, J.M. Retos de la economía del agua en España. Costes y cuentas del agua, Universidad de Almería, 2017, 55 p. [en línea] <<http://elrincondenaredo.org/wp-content/uploads/2019/12/Texto-de-apoyo-a-la-Ponencia-Naredo-Almer%C3%ADa2017.pdf>> [26 de marzo de 2020].
- NAREDO, J.M. *Taxonomía del lucro*. Madrid: Siglo XXI de España, 2019. 349 p.
- NAREDO, J.M. Utopías y prospectiva en Geddes y Mumford, *Papeles de relaciones ecosociales y cambio global*, (en prensa) nº149, 2020.
- QUIJANO, A. Colonialidad y modernidad/racionalidad, *Perú Indígena* nº 13, 1992, p. 11-20.
- RIBEIRO, S. Lo que los medios ocultan cuando solo hablan de cambio climático [en línea] *Rebellion.org*, 2018 <<https://rebellion.org/lo-que-los-medios-ocultan-cuando-solo-le-hablan-del-cambio-climatico/>> [26 de marzo de 2020].
- RIECHMAN, J. (coord.). *Necesitar, desear, vivir*. Madrid: La Catarata, 1998. 351 p.
- ROY, B. Justicia Climática. Cuando la energía dibuja un mapa de conflictos, *La Vanguardia*, 08-12-2919 [En línea], <<https://www.lavanguardia.com/natural/20191208/472042015009/cumbre-clima-madrid-energia-conflictos.html>> [26 de marzo de 2020].
- SACHS, W. (ed.). *The Development Dictionary. A Guide to Knowledge as Power*. London & New Jersey: Zed Books. 1992 [trad. en castellano: Cochabamba, PRATEC y CAI, 1996. 399 p.]
- SACHS, W. Prólogo: El *Diccionario del desarrollo* reconsiderado. In KOTHARI, A., SALLEH, A., ESCOBAR, A., DEMARIA, F., ACOSTA, A. (Coords.). *Pluriverso. Un diccionario del posdesarrollo*. Barcelona: Icaria, 2019, p. 21-33.
- SCHIRRMACHER, F. *Ego. Las trampas del juego capitalista*. Barcelona: Planeta, 2014.
- SOTO, F., GONZÁLEZ, M. y GARRIDO, F. Fundamentos socioecológicos del nuevo ecologismo. Nuevos y viejos movimientos ecologistas en Europa ante el desafío de la crisis civilizatoria, *Ecología Política*, nº 58, 2019, p. 42-50.
- TAWNEY, R.H. *The Acquisitive Society*. Londres: G.Bells&Sons, 1921 [trad. en castellano, Madrid: Alianza, 1972. 211 p.]
- UNCETA, K. *Más allá del crecimiento. Debates sobre desarrollo y postdesarrollo*. Buenos Aires: Ed. Mar Dulce, 2015. 240 p.

- VALERO, A Y VALERO, A. *Thanatia. The Destiny of the Earth's Mineral Resources. A Thermodynamic Cradle-to-Cradle Assessment*. Londres: World Scientific, 2014, 629 p.
- VEBLEN, T. *The Theory of the Leisure Class. Economic Study of Institutions*, 1899 [trad. en castellano México: FCE, 1995. 406 p.]

© Copyright: José Manuel Naredo, 2020

© Copyright: Biblio3W, 2020.

Ficha bibliográfica:

NAREDO, José Manuel. Sobre las preocupaciones y metas del movimiento ecologista. Comentarios y aportaciones a los diccionarios del desarrollo (1992) y del posdesarrollo (2019). *Biblio3W, Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*. Barcelona: Universidad de Barcelona, 20 de mayo de 2020, vol. XXV, nº 1.296. [ISSN: 1138-9796]